

LA REVOLUCION DE RIEGO

I

ROMANTICISMO Y CONSPIRACION

Hace ahora 150 años se ensayaba en España, por primera vez, lo que luego se ha llamado «revolución liberal». El Ejército expedicionario que esperaba en Cádiz el embarque para América, se sublevó contra la Monarquía Absoluta restaurada por Fernando VII a su vuelta del destierro y obtuvo, tras una curiosa peripecia, un triunfo rotundo. En los manuales de Historia, la hazaña del general Riego abre así



Riego

un paréntesis de refresco en el panorama de monótona cerrazón que compone la historia del absolutismo borbónico a lo largo de nuestro XIX. Un paréntesis breve que es como un rellano para que no desmaye quien va siguiendo la historia española con ánimo progresista. Suficiente también para quien, desde el otro lado, contemple un horizonte en cuyo perfil se quieren distinguir avisos y admoniciones.

El levantamiento de Riego ha tenido siempre la virtud de sensibilizar hondamente la crítica española de ambos bandos, y todavía en la última República su nombre resonaba con fuerza, confusamente erigido en emblema de una discusión política que no era ya, ni mucho menos, la del héroe de las Cabezas. Hoy, en cambio, el progresismo nacional reniega del estilo de Riego con un énfasis que, probablemente, también se equivoca. Porque, después de todo, el contenido de una revolución liberal que en 1936 resultaba estrecho a las claras, puede que tenga hoy más sentido y más actualidad como fondo de unas discusiones nacionales que no entenderíamos sin un marco estrecho de referencias históricas. Tan absurdo es ignorar la aportación histórica del llamado «régimen liberal», como pretender, en nombre de un esquematismo esencialmente abstracto, que este país nuestro tiene abierta, ni siquiera en teoría, la posibilidad de unas transformaciones radicales y más hondas. Eso, en fin de cuentas, es jacobinismo, y el jacobinismo es la manera más tonta posible de ser antihistóricos.

Para aviso de jacobinos, precisamente, escribió Galdós «La Fontana de Oro» en plena efervescencia septembrina. El fracaso de aquella revolución liberal quería Galdós que sirviera de escarmiento y avisara de peligros que iban

quizá a repetirse. Pero ya en 1868 la «hybris» hispánica, la famosa «exageración» de cada bando español, rechazaba por principio un tipo de reflexión que había que suponer lastrada y vieja. Entre los «errores del corazón», de tan decisivo peso en nuestro desarrollo histórico, este desprecio por las claves de nuestro pasado inmediato debe tener un puesto preeminente. Como ese otro fundamental que consiste en no entender la continuidad básica que une, tras de las apariencias, las luchas por la Libertad. Lo que nos coloca tan próximos de las ansias y trabajos de un legendario y popular general Riego es, simplemente, el hecho de que nunca se consumó en España hasta el fondo la denostada revolución liberal. De esa circunstancia derivan la singular «atipicidad» española y el «anacronismo» famoso de unas estructuras sociales cuya revisión se pretende demasiadas veces desde un «presentismo» tan absurdo como irreal.

PRIMERO Y SEGUNDO ACTO

Ese romanticismo, que en nuestros manuales no aparece en la escena hasta bien remontado el primer tercio del siglo, está ya bien

granado en el ambiente de Riego. Se viene diciendo lo contrario porque hay quien espera de la historia el mismo ordenado discursar que nos hace inteligible la obra de teatro. Pero no es difícil, asomándonos a los hechos calientes, percibir, en la dinámica histórica que empieza a rebullir en los últimos años del reinado de Carlos IV, la clara sensación de que algo fundamental ha cambiado en España, turbando el apacible universo dieciochesco de las pelucas empolvadas, las Academias, los válidos y las duquesas volterianas. El pueblo ruge con un tono distinto en el motín que despertó la oposición a Godoy, presagiando un cambio de humor definitivo. La guerra de la Independencia tiene ese aire de revolución profunda, porque, en efecto, ella fue la ocasión de poner en claro antiguas diferencias que venían distendiendo el humor español en el claroscuro amable de un aparente concierto. La quiebra del godoyismo fue algo más que el ajuste de cuentas a un válido: fue la ocasión de expresar en público que la fe en el Antiguo Orden, la fe en el «universo feliz», la fe en el «concierto» presidido por la Monarquía providente y paternal se había extinguido para siempre. Los españoles tenían conciencia en 1808 de que estaban asistiendo a un cambio histórico fundamental.

Así se podrá entender mejor el gesto romántico de Riego. La re-

volución del 20 fue un intento de enhebrar el desarrollo histórico en una línea de «modernidad» que, iniciada trágicamente en 1808, fue interrumpida por la vuelta del Desseado en 1814. Naturalmente que esta lógica no encajará nunca en los esquemas que tratan la Independencia como una simple reacción frente al extranjero y la vuelta de Fernando como el broche que habría de cerrar el cofre de las energías nacionales. Es preciso que se entienda la Independencia como revolución si se quiere acabar de devanar la madeja que luego van a constituir, a lo largo del siglo, las luchas por la Libertad. Riego quería enlazar, en 1820, con la revolución fraguada, entre 1808 y la vuelta de Fernando, por las Cortes de Cádiz. Nada lo prueba mejor que el sentido de las restauraciones fernandinas, dirigidas «programáticamente», como se diría luego, contra «el estado de cosas» creado por cada una de las revoluciones liberales.

Pero entre 1808 y la época del general Riego, las cosas maduran considerablemente. Maduró, sobre todo, el espíritu romántico, latente y como implícito en 1808, flamante todavía en 1820. Coincide este período con el que Goya dedicó a sus «Desastres de la Guerra» y el españolillo medio a aprenderse su meneguado papel de figura de aguafuerte. Se pierde de momento la memoria de la «España feliz»

BANDOLEROS.—El terror fernandino no consiguió imponerse al profundo desorden social. El «Tempranillo», dueño de media España, cobraba gabelas a convoyes reales y robaba el tabaco del Rey...



ante el espectáculo desastroso de la postguerra. Se adensan las tintas negras con que el pintor inaugura la balbuciente escenografía de los románticos, convencido de lo lejano que se va quedando la alegría de los tapices cortesanos. Dice Jover que la paleta de Goya se vuelve austera, reconcentrada en sus grises, blancos y negros: España entera, como si despertara del tremendo batacazo bélico, se adentra en sí misma, recogida y silenciosa. El romanticismo español nace de estas angustias goyescas. En 1820 le apunta ya el bozo.

Lo que se ha llamado «romanticismo liberal» fue, pues, un movimiento que, incubado en las postimerías del siglo XVIII, estalla durante la guerra de 1808. Se puede vislumbrar la silueta de estos románticos precoces en el guerrillero y el parlamentario de la Isla de León. Se presiente en la conspiración fernandista y en el modernismo afrancesado. España arde en el fuego de una «novedad» avasalladora que viene de Francia o, mejor dicho, del prestigio francés. ¡La España «incontaminable»! ¡La España «eterna»! la Revolución francesa, después de todo, se coló aquí como en cualquier otro hogar de la Santa Alianza. Agustina de Aragón tiraba sus cañonazos también contra aquel modo de concebir la vida nacional que se había quedado viejo en Europa desde 1769. No íbamos a ser aquí una excepción.

Que Riego lo comprendiera así y que triunfara, prueba hasta qué punto era difícil de sostener en la España de 1820 una concepción «clásica» de la convivencia política. La alianza que Fernando pretendió establecer con las fuerzas reaccionarias del país no pudo prosperar en siete años de violencias y parciales restauraciones del Viejo Orden. A la autarquía, al despotismo, a la arbitrariedad no era posible sustentarlos ya en un **carisma** que salió destrozado entre los obuses napoleónicos y la metralla «modernista», disparada en las Cortes de Cádiz por una generación nueva de españoles que querían entronizar una lógica histórica también nueva. La fe constitucionalista, tanto entusiasmo como se desbordó por la Constitución del 12, no se podrían explicar sin comprender esta conciencia de estar liquidando una etapa histórica que movió a los jóvenes de la primera revolución liberal. Lo que sucedió en el año 20 fue, pues, la continuación lógica de aquella primera revolución.

UNA REVOLUCIÓN ROMÁNTICA

Entre 1814 y 1820, la lucha liberal no desmayó bajo la durísima disciplina impuesta por el Deseado.

Los viejos combatientes, los «duros» de 1808, chocaron pronto con la restauración del antiguo «estado de cosas», confirmando con su heroísmo lo que va dicho sobre el carácter revolucionario de la guerra. Mina, Porlier, Milans, Lacy, Vidal, se levantaron contra el régimen que pretendía subir contra corriente hasta el anticuado despotismo. Una «conspiración del triángulo» quiso acabar con el Rey a la manera romántica que se vivía ya en España con pasión. Los dramas del teatro, como los de la calle, echan mano de una tramoya que no deja muchas dudas, como esta que se recomienda en una acotación de 1820: «Representa el teatro un templo magnífico rodeado de sepulcros; en los bastidores, si es posible, sarcófagos y esqueletos; varias lámparas moribundas...». El drama en cuestión se llamaba «La Libertad restaurada»...

El romanticismo fue un movimiento esencialmente juvenil. En lo que se refiere a la «actitud vital», fue un revulsivo demasiado fuerte para aquella muchedumbre que Mesonero describe magistralmente sorprendida en su «vida circular»: casa, trastienda, café...

Jover dice que en esta época hay dos realidades, dos espacios que se ofrecen al español: la casa y la calle. La casa resume toda una manera de vivir sin entusiasmo —la penosa subsistencia española que ocupó siempre la retina de Gal-

dós—; la calle, en cambio, supone el espacio abierto al riesgo, a la aventura. La «pasión» y el «sentimiento» que los románticos anteponen a la «razón» y al «buen sentido», tendrán su escenario cotidiano —el teatro es aparte, claro— en esa calle que es al mismo tiempo palenque, escaparate, tribuna, etcétera, y que resume y centra topográficamente el nuevo modo de ser. Pero la calle se hizo peligrosa bajo el extremado celo policiaco de los partidarios del Deseado, y fue preciso recogerse en sitio seguro. El revolucionarismo de estos años, su talante y sus maneras, se explican únicamente en la penumbra de los conciliábulos que favorecerían a un tiempo la presión dictatorial y los gustos por la tramoya de la nueva generación. Quien lea «La Fontana de Oro» —la primicia galdosiana escrita para escarmiento de otra generación, quizá la última, liberal y romántica de 1868— se hará cargo de lo que fue el «ideal» de la conspiración para una juventud sin experiencia liberal auténtica, fervorosamente jacobina y un poco ingenua. Demasiado, tal vez, para tener que habérselas con el perro viejo de la reacción fernandina.

La calle, los clubs. No falta sino la «logia», que es un poco el escenario arquetípico de aquel liberalismo primerizo y una realidad que explica muchos aspectos difíciles de su mentalidad. La masonería no

sólo proporcionaba un «ambiente» idóneo, sino que era la única fuerza verdaderamente organizada que se ofrecía a los proyectos revolucionarios. En la «logia» se fragua el contacto del joven Ejército con la realidad popular, con la juventud burguesa y hasta, en cierto modo, con ese ancho sector inextinguible que es el descontento sin concreción de los intempestales «excedentarios». La «logia» va a ser algo así como la parroquia de una religión nueva que cuadra bien con el novísimo gusto y que viene a sustituir el ruinoso edificio del catolicismo «tradicional», el templo donde va a oficiarse el culto una burguesía incipiente que niega el orden viejo y es negada con ferocidad por él. «Rebeldes primitivos» al fin y al cabo, los liberales de 1820 se afirmaban en el único suelo firme que tenían: el secreto, la media luz, el rito y el misterio. Lo que mueve a este «conspirador romántico» es la «pasión como actitud intelectual», una actitud lastrada todavía fuertemente por la tradición y limitada en sí misma por el «estilo de vida» de sus fervorosos. Con estos datos hay que abordar la comprensión del movimiento de Riego, una típica revolución romántica para una España que se estrechaba aún con los versos bachillescos que en boca del insigne Máiquez habían de parecer subversivos:

«A fundar otra España y otra
más grande, más feliz [Patria
que la primera...».

LA ESTRATEGIA FUNDAMENTAL

El Ejército desempeñó en la vida pública española, a lo largo de todo el siglo XIX, un papel decisivo. Tal vez porque fue la institución tradicional que más fuertemente resultó afectada por la Independencia y, sobre todo, porque aquella contienda le situó en posición indiscutible frente a las otras fuerzas decisoras. Lo cierto es que, durante todo el siglo, su actitud va a condicionar básicamente la vida política nacional. Por si algo faltase a consolidar tan singular predominio, las guerras carlistas y las campañas coloniales acabarían de colocarlo en el centro de la zona decisiva de influencia. El resultado de esta ventaja posicional fue la tendencia a participar activamente en la política, apoyando el proceso de liberalización que se abre con el romanticismo o encogiéndolo, en lo posible, los triunfos liberales cuando las circunstancias así lo exigen. Vale decir, sin embargo, que, en conjunto, la ejecutoria del intervencionismo castrense en el

siglo XIX arroja un fuerte saldo progresista, y el propio Carlos Marx no anduvo remiso en calificar al Ejército como «el sector más revolucionario de la sociedad española, reclutado de todas las clases sociales, incorporando en sí toda la juventud patriótica, valerosa y llena de aspiraciones, encerrándose inaccesiblemente a la soporífera influencia del gobierno central» («Revolución en España»).

El lado negativo, como advierte en seguida Marx, está en que esta inyección de energía era neutralizada frecuentemente por el inevitable «pretorianismo» de los militares intervencionistas. Conviene, de todas formas, precisar el sentido de lo anterior desde un enfoque socio-histórico más general y comprensivo.

La revolución liberal se nutrió de una tendencia originaria y constitutivamente burguesa. Es decir, que la lucha por la Libertad fue un empeño de la nueva clase, que busca fundamentar un mundo «moderno» sobre las ruinas del Viejo Régimen. Se trata, pues, de los «filósofos» denunciados por la Inquisición, de los «pretendidos sabios» contra los que el Filósofo Rancio pone en sobreaviso a los «amantes

del orden», ahora lanzados, en volandas de un espíritu romántico que lo va invadiendo todo, a la lucha política de cada día. El agente de este período es ese conspirador romántico del que hablábamos hace poco, salido, en alguna medida, del desbarajuste antifrancés y a cuyo denuedo debe el naciente liberalismo su prestigio y su fuerza real, aunque su labor se reduzca al estrecho tecnicismo de la conspiración, sin entrar de lleno todavía en lo que pudiéramos llamar el «ejército de línea» revolucionario. Su ascendencia burguesa —pequeño-burguesa— contrapesa en la balanza la gravedad del entusiasmo romántico, colocándolo en una media distancia todavía lejana del vanguardismo que, andando el tiempo, caracterizará a su legítimo sucesor: «el agitador burgués».

Así puede entenderse mejor el mecanismo de las «alianzas de base», que hicieron posible la peregrina y secular técnica del golpe de estado que se conoce por «pronunciamento»: a) Un Ejército hipertrofiado por la guerra reciente, con unos cuadros nutridos y una oficialidad abierta —las Cortes de Cádiz resuelven para siempre el clasismo del mando profesional— a todo el cuerpo social, cuyos líderes han sido defraudados por la reacción entre 1814 y 1820, y que supone una carga insostenible para las depauperadas arcas reales; b) unos cuadros burgueses que han tomado conciencia de sí mismos durante la guerra y en la posguerra, verdaderos soportes de la escasez vitalidad del país y que, conscientes de que en 1808 se ha cerrado una etapa histórica, perciben en el porvenir liberal el santo y seña de su ascensión como clase dirigente; c) una Administración, si así puede llamarse al supremo desorden que provocó el personalismo del Rey, incapaz de reconstruir el país y en bancarrota después de la guerra y de la cesación colonial, técnicamente inviable por su estructura institucional e incapaz de realizar, de hecho, una política centralista, que el famoso «federalismo instintivo», heredado de la estrategia antifrancés, ha puesto más difícil que nunca. ¿El pueblo? El pueblo se definía, por exclusión, en una pirámide social rigidamente visualizada todavía como un «corpus», y está, de hecho, fuera de todo juego político que no sea eventual manipulación «sentimental», aunque la guerra le haya sacado de aquella «deleitante quietud» del siglo anterior.

La alianza se establece pronto entre las dos fuerzas realmente vivas: el Ejército —fuerza originaria— y la burguesía menor —nueva fuerza—. El pueblo —la masa— sirve en este esquema de fuerza de fondo, de potencial secundario tácticamente requerido en su momento. La estrategia fundamental excluye, en este período primitivo, cualquier otra fuerza: ellas se bas-

tan para compensar sus respectivas flaquezas, se prestan el concurso mutuo de la «fuerza» y la «idea».

LA TECNICA «ROMANTICA» DEL GOLPE DE ESTADO: EL PRONUNCIAMIENTO

A esta «estrategia» elemental corresponde una táctica igualmente liviana, pero sumamente eficaz, del golpe de estado: el pronunciamento. Que haya habido un número tan desproporcionado de pronunciamentos, es algo que necesita explicación. ¿Cómo es posible que un oficial oscuro como Rafael de Riego eche a pique un régimen básicamente preocupado por su supervivencia, como era el absolutista de Fernando VII, sólo con «pronunciarse» en una provincia litoral y dar luego un paseo desafortunado por media Andalucía? Marx dijo que en ello había que ver la madurez revolucionaria a que había llegado el país, confirmando así —en este caso, no sin cierto «esquematismo»— la teoría de las «condiciones objetivas» de que precisa toda revolución. Pero hay, a buen seguro, algo más. De un lado, que el centralismo, o, mejor, que el madrileñismo típico del régimen español resultó inoperante para oponerse al descontento provincial a medida que éste se alejaba de la Corte. De otro, que el «pronunciamento», como tal estrategia de base, supone dos realidades que se complementan: una, que parte del Ejército se rebela contra el poder central; otra, que el resto de ese Ejército —el que se llama «leal»— la segunda o se le opone. En el caso de Riego, por ejemplo, se produce lo que Carr llama «pronunciamento negativo»; es decir, que el resto leal elude la represión, se inhibe, a la espera de los acontecimientos. Más adelante, cuando los jefes militares encarnen un liderato tan evidente como el de Prim, O'Donnell, etc., se repetirá con frecuencia este tipo de golpes. Lo sorprendente es que, en 1820, el «pronunciamento negativo» se dispare tan sólo porque se rebelen contra el Rey un grupo de oficiales sin especial relieve, entre los que únicamente Quiroga ostenta el generalato. Algo habría, pues, en todo ello que parece ser la razón al esquematismo de Marx.

Claro que habrá que hacerle un sitio en el movimiento al «elemento civil» que colaboró con Riego y con todos los pronunciados de la historia, en mayor o menor medida. Los pronunciamentos no se hacían solos, quizá porque las decisiones marciales adolecían de una debilidad ideológica constitutiva, tanto como los entusiasmos civiles acusaban su falta de fuerza. La alianza,

BOLIVAR.—La revolución del 20 precipitó el proceso de la Independencia americana, liquidando un sistema colonial que de hecho estaba ya muerto y enterrado. No pudo liquidar, sin embargo, la mentalidad colonial.





PROCESION.—Frente a la «herejía liberal» y a «las nuevas ideas», la España eterna opuso el baluarte de sus devociones. Oficialmente, la Iglesia estuvo de parte del absolutismo entonces también...

por descontado, no se va a producir a través de un contacto eventual, sino que necesitará vertebrarse en un instrumento que regularice la aproximación de los diversos sectores y fije, por decirlo de algún modo, una base ideológica común. Y en la época, ya lo hemos dicho, no existe más fuerza capaz de enhebrar la madeja de una conspiración que la Masonería.

En 1820, masón es Riego y masón es Alcalá Galiano. Masones son casi todos los integrantes de la revolución y los que con su triunfo abrirán ese paréntesis de refresco que se conoce por «trienio liberal». Explicando el éxito del movimiento, algún contemporáneo argumenta que por primera vez las tropas alcanzan a comprender las «ideas sublimes» de sus jefes. Pero, ¿qué ideas son esas capaces de echar por la borda el absolutis-

mo y de dónde le viene al galgo militar esta casta «sublime» tan poco probable? La masonería fue más una potencia organizativa que una «idea». Es más: ideas tuvo tan sólo las conservadas del viejo «filosofismo» dieciochesco, consistente, como se sabe, en un mosaico difuso de tolerancia, fraternidad, deísmo y otras vaguedades por el estilo. El «Diccionario» de Voltaire podría ser una buena guía. Pero, eso sí, sobre tan frágiles cimientos, los hermanos supieron crear un aparato de proselitismo tan eficaz que, al amparo de la característica fantasmagoría romántica, llenó pronto con creces el vacío que dejaba en su base la pobrecita «idea». La juventud burguesa contemporánea, en abierta ruptura con el ideal de «seguridad» de las generaciones anteriores, se lanza con entusiasmo al precoz romanticismo de

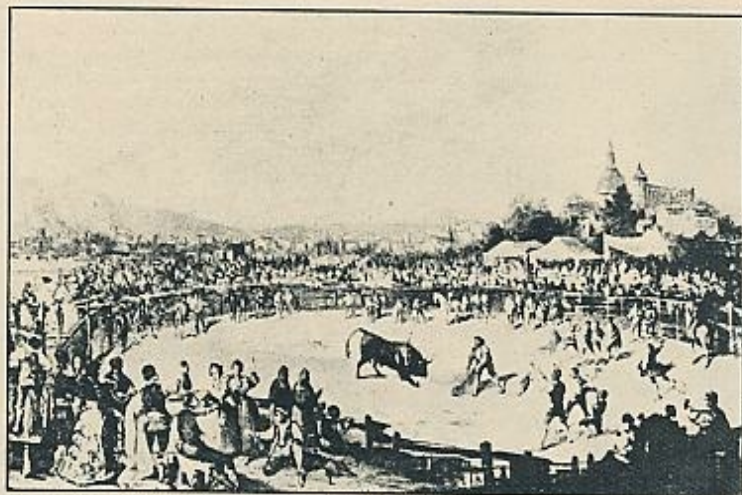
la acción y del misterio. Dos ideas que se despachaban sin tasa —sobre todo, el último— en el ambiente ingeniosamente urdido de la logia.

La revolución liberal primitiva —ésta de la estrategia excluyente Ejército-burguesía— se hizo en la «logia» y se deshizo casi siempre al aire libre. Pero lo que se sabe menos es que hubo dos «logias»: la ciudadana y la militar, y que fue en esta última donde se dio el paso decisivo. La conspiración civil, más prolija y discursiva, se recorta en las «logias» regimentales en un programa preciso de proselitismo «inmediatamente revolucionario». Las «logias» militares, por supuesto, tienen menos relevancia ideológica y se nutren de un ideario reflejo recibido de fuera, de la calle, pero poseen, en cambio, una tremenda capacidad de compromiso. La difu-

sión de la Idea entre los subalternos y clases de tropa no podría llevar sobre sí el lastre de un «filosofismo» que hubiera estado fuera de lugar allí donde «el buen gobierno de las tripas» era el más indispensable ideario. Por eso la masonería se infiltró en los regimientos, sobre todo por abajo, con el convincente argumento de los «subsidiarios», sin perjuicio de que todo un sector joven de la oficialidad profesional, sentimentalmente romántico y casi siempre descontento, «abrazara las sublimes ideas» que, según aquel contemporáneo, habrían de irradiar, a su vez, sobre una tropa poco receptiva.

Aún habrá que decir algo sobre el extraño poder de la secta. Y es que al poder «real» de sus efectivos organizados añadía la potencia, esta vez «irreal», de los que le atribuían a medias la propaganda

ROMANTICISMO Y CONSPIRACION



TOROS.—Los toros son ya «fiesta nacional». Pasión en el «respetable», grandes figuras, toros con trapío y edad. El «paternal cuidado» de Fernando se prueba, entre otras cosas, por esta coincidencia de sus gustos con los de su pueblo. El creó nuestra «Escuela de Tauromaquia», en Sevilla, a cargo del legendario Pedro Romero.



ENTIERRO DE LOS SERVILES.—La incapacidad de la Monarquía para reunificar el país, abrió entre absolutistas y liberales una querrela suicida. Fernando VII contribuyó personalmente a radicalizar el odio entre «las dos Españas».

afin y el miedo de sus enemigos. Lo importante, en este sentido, no era que las «logias» controlasen unos regimientos provinciales, sino que se les atribuyesen conexiones y capacidades tan sólo existentes en la apocalíptica de los que tenían algo que temer o algo que ganar. Así, por ejemplo, el mito de los «subsidiarios», las inmensas arcas repletas de doblones que enviaban el Gran Oriente o los «hermanos» americanos—este punto, por excepción, está probado: era la época de la independencia colonial y se trataba de evitar el embarque de tropas para América—movieron más voluntades de las que el oro auténtico—que también circuló, y no escasamente—pudo reclutar.

LA PRESENCIA DEL PUEBLO: EL MOTIN

Queda, por último, ver cómo se complementa la estrategia descrita con un cierto tipo de contribución ciudadana a la conspiración y al levantamiento definitivo. Nos referimos a esa utilización calculada de la masa—«masa» hasta 1820; en adelante, «pueblo patriótico», etcétera—, que, excluida de la estrategia fundamental, tiene

reservado, sin embargo, su papel de comparsa.

Pero aquí hay que referirse a otra institución típica del romanticismo popular. La «sociedad patriótica», en cuyo seno se produce el ensanchamiento definitivo de la «base» liberal, originariamente burguesa y ahora abierta a la cálida presencia de las grandes masas urbanas. En efecto, la «sociedad patriótica» y el «club»—no habrá que subrayar el sentido explícito de voces tan jacobinas—incorporan a la revolución liberal anchos sectores del pueblo, atraídos por la lumbrera de un ejercicio tan hispánico, después de todo, como es la demagogia oral. Pero, además—y ello parece básico—, este tipo de centros inscribe definitivamente el revolucionarismo liberal en la órbita reducida de unos cuantos centros urbanos desarrollados, como Madrid, Zaragoza, Cádiz, etcétera. Galdós ha descrito una de estas tertulias—La Fontana de Oro—con su complejo universo de entusiasmos y complicidades y su «inefable» complicación de colmena desconcertada. Medio café medio palenque, dice Galdós, allí «se reunía la ardiente juventud de 1820. ¿De dónde habían salido estos jóvenes? Unos salieron de las Constituyentes del año 12, esfuerzo de pocos que acabó iluminando a muchos. Otros se edu-

caron en los seis años de opresión posteriores a la vuelta de Fernando. Algunos brotaron de los trastornos del año 20, más fecundo, tal vez, que el del 12... Al crearse el club, no tuvo más objeto que discutir, en principio, las cuestiones políticas, pero, poco a poco, aquel noble palenque, abierto para esclarecer la inteligencia del pueblo, se bastardeó. Junto a La Fontana, La Cruz de Malta, El Grande Oriente, Lorencini, etcétera, agrupaban las diversas facciones liberales y, en torno a ella y a sus próceres, gentes del pueblo, artesanos sobre todo, pequeños comerciantes, hasta formar ese característico amasijo ciudadano que da a la protesta, durante el resto del siglo, su peculiar perfil plástico.

Los clubs sirvieron a la revolución para aglutinar, primero, y canalizar, después, el impulso pálido de un pueblo que estaba todavía a las puertas del teatro político, y esto es lo que presta a la acción política de los primitivos liberales su más acusado rasgo romántico: el recurso al pueblo, su esfuerzo por incorporar la masa a la acción política supone una actitud radicalmente negadora de la «distancia» ilustrada, del «paternalismo», que fue la médula del mundo clásico y terminó siendo su mal de muerte. Ya no había «Razón» de buenas ubres y corona de mirto:

el «Sentimiento», la «Pasión» romántica, venían a disputarle a las bravas—y no se tome por irreverencia semántica—el nuevo «reinado social». La estrategia revolucionaria del liberalismo romántico cierra así el arco que se inicia en la «logia» burguesa y pasa por la clave del cuartelazo, con un instrumento mucho más dudoso, pero que le confiere el sombreado dramático sin el que todo aquel tinglado carece de verdadera grandeza: el motín, «la otra fuerza», todavía manejable y poco de fiar, pero que supone para la revolución liberal una variación de tono fundamental. Porque, en definitiva, implicando al pueblo en la primitiva estrategia burguesa, la lucha por la Libertad iba a significar en adelante algo bien distinto. Tanto, que por esto mismo, la burguesía, que pone en marcha la revolución liberal, terminará replegándose hasta negarla una y otra vez. No otra cosa explica, según veremos, el fracaso de la revolución de Riego, de la Septembrina, de la Segunda República. En estos cambios de signo del humor burgués se encierra la clave de nuestra entera historia contemporánea. ■

II LIBERTAD O MUERTE El fracaso de Riego